

LA EUCARISTÍA

Sabemos que la Eucaristía es el alimento de todo creyente que quiere ser fiel al Señor Jesús. Para seguir profundizando en este "año de la Eucaristía" sobre lo que ella supone en nuestra vida, tal vez nos podrían ayudar los mismos textos litúrgicos con los que la Iglesia celebra este sacramento. En la medida que rezamos con ellos, el Espíritu Santo nos infundirá un aprecio cada vez mayor por lo que constituye el centro y el culmen de la vida cristiana.

"La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos ustedes"

A la Eucaristía somos convocados por la Trinidad. Dios mismo es quien dispone la mesa de la comunión y de la fraternidad. El Padre nos ha abierto la puerta de su misericordia en su Hijo Jesucristo, y por la fuerza del Espíritu Santo somos llamados a la amistad con Dios, esto es, a la santidad. Hacia la Trinidad se dirige nuestra vida, y la Eucaristía, "icono de la vida verdadera", es adelanto en el camino de aquello que esperamos.

"Antes de celebrar los sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados....Dios, todopoderoso, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna".

Convocados por la Trinidad somos invitados a la reconciliación y a la acogida del perdón gratuito de Dios. Venimos de la dispersión, y en la Eucaristía somos convocados, porque esto es la Iglesia, la convocación de los dispersos. Esa dispersión ha sido bien por la misión (lo cual no sólo no ha roto la unidad entre los creyentes sino que la ha fortalecido), o bien por el pecado. Para esto último, se hace necesario la reconciliación y el perdón en este momento de la celebración, lo cual, sin excluir el sacramento de la Penitencia, constituye un complemento indispensable en nuestro camino continuo de retorno al Padre.

**"Muéstrate propicio, Señor, a los deseos y plegarias de tu pueblo; danos luz para conocer tu voluntad, y la fuerza necesaria para cumplirla".
(Oración colecta 1ª semana t.o.)"**

Cuando la comunidad se ha reunido en el nombre de la Trinidad, y ha sido purificada por el Señor, implora al Padre pidiéndole que su bondad y misericordia se derrame sobre ella. La oración llamada colecta (es decir de la comunidad reunida), es el primer clamor que la comunidad celebrante alza a Dios antes de la escucha de la Palabra con el deseo que siga siendo propicio a su pueblo. Siempre será conveniente, previo a la participación en la mesa de la Palabra, pedir luz para discernir lo que Dios quiere de nosotros, y la voluntad necesaria para ser fieles a lo que el Señor nos pida, aunque a veces sea costoso.

"Dios todopoderoso y eterno, concede a tu pueblo que la meditación asidua de tu doctrina le enseñe a cumplir de palabra y de obra lo que a ti te complace." (Oración colecta VII domingo del t. o.)

"Tengan en gran estima a la Palabra de Dios", nos pidió el Concilio. Y San Jerónimo nos decía que desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo. La escucha y meditación de la Palabra alimenta la fe, consolida la esperanza y nos hace diligentes en el amor. La Palabra siempre nos tiene que sonar nueva, con la novedad del aprendiz que desea progresar en el conocimiento de algo que considera básico y vital. La Palabra siempre es nueva, porque la renueva el Espíritu, pero necesita corazones nuevos que la escuchen y la acojan. Los hombres y mujeres nuevos se curten en la asidua escucha del Dios que sigue hablando en la Escritura.

"Santo eres en verdad , Señor, fuente de toda santidad; por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor."

El mismo Espíritu que fecundó el vientre de María, es el que ahora santifica las ofrendas presentadas y hace posible que las palabras de Cristo, pronunciadas por el sacerdote, conviertan el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Sin el Espíritu nada es

posible en la Iglesia; gracias a la efusión constante del Espíritu es posible la Eucaristía y la vida cristiana, es posible que nos vayamos transformado en aquello que recibimos.

Este momento de la Eucaristía conlleva asombro, silencio, adoración y repetición continua en nuestro interior: GRACIAS. Es el Señor que se hace presente de una forma especial, para ser nuestro alimento y nuestra fuerza. La vida de cada persona es tan importante para Dios, que nos sigue regalando a su Hijo para que tengamos vida eterna.

"Padre santo, lo que Jesús nos mandó que hiciéramos, ahora lo cumplimos en esta Eucaristía: te ofrecemos el pan de la vida y el cáliz de la salvación, proclamando así la muerte y resurrección de tu Hijo. Él es quien nos conduce hacia ti; acéptanos a nosotros juntamente con él."
(Plegar. euc. misa con niños I)

En estas breves palabras se condensa mucho del misterio de la Eucaristía:

- La celebramos porque es la forma en que Cristo quiso que lo recordáramos, más aún, la forma privilegiada en que se hace presente entre nosotros;
- El verdadero "ofertorio" es el ofrecer al Padre la vida entregada de Cristo, que se ha convertido en pan y vino que alimenta nuestra existencia.
- Por medio de ella hacemos memoria del acontecimiento central de la vida de Jesús, su muerte y resurrección, acontecimiento que es actual para cada persona y cada comunidad que invoca a Jesucristo como su Señor.
- Unidos a Cristo es como el Padre nos acepta como sus hijos, nos reconcilia con Él, y nos abre las puertas de su perdón y su misericordia. Y esto se realiza de forma especial en cada Eucaristía.

"En este santo sacrificio, que él mismo entregó a la Iglesia, celebramos su muerte y resurrección." (Pleg. euc. misa con niños III)

La Eucaristía es un regalo que el mismo Señor ha entregado a su Iglesia, y que ésta, llena de agradecimiento, la celebra con cariño y respeto. La Eucaristía es de todos, pero de nadie de forma

particular. En ella, el Señor se debe reconocer. Por ella, el Señor nos reconoce como sus amigos y nosotros lo confesamos como nuestro salvador. Celebramos su Pascua: su muerte, resurrección y el envío del Espíritu Santo; ello constituye nuestra herencia, nuestra referencia, que, hecha una vez para siempre, continua actual para cada persona y para comunidad.

"Te pedimos, Padre, que esta víctima de reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero. Confirma en la fe y en la caridad a tu Iglesia peregrina en la tierra...Atiende los deseos y súplicas de esta familia que has congregado en tu presencia. Reúne en torno a ti, Padre misericordioso, a todos tus hijos dispersos por el mundo." (Pleg. euc. III)

Cristo es nuestra paz. Él ha venido a enseñarnos a vivir, y a ampliar nuestros horizontes, mostrándonos lo importante que somos para Dios. Él conoce que nuestra existencia es conflictiva, y por eso se ha hecho "víctima" que puede parar la espiral del odio y abrir a la humanidad a un futuro de vida y plenitud. La Iglesia, como comunidad peregrina, creciendo en fe y en amor, hace posible que este proyecto de Cristo siga adelante y se haga actual y urgente para toda comunidad humana. Por eso, celebrar la Eucaristía es una aportación imprescindible para que la paz de Cristo venza barreras y dificultades y se vaya instaurando, de forma callada pero real, en los corazones, en las relaciones y en las estructuras humanas.

La oración constante de la Iglesia reunida, se une a este deseo del Señor; y la propia Iglesia suspira por el momento en que todos los bautizados, dispersos por la increencia o la desunión, lleguemos a armonizar en un deseo unánime de que el Reino de Dios venga de forma total sobre la humanidad entera.

"Danos entrañas de misericordia ante la miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando". (Pleg. euc. V/b)

Celebrando la Eucaristía, de forma frecuente y consciente, los cristianos nos deberíamos ir transformado en aquello que comemos y bebemos, adquiriendo los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Lo que en cada Eucaristía recibimos es para darlo, para ponerlo al

servicio de una civilización del amor. Toda comunidad cristiana que se reúne a celebrar la Pascua del Señor, debe ser un "recinto" alternativo de fraternidad. Es cierto que no existen comunidades ideales, sino frágiles y pecadoras; pero nuestra distinción esencial debería estar en la capacidad de conversión, en la humildad y en la disponibilidad de nuestras vidas al proyecto de Alguien, que ha partido y compartido su vida para que todos tuviéramos vida.

**"Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos."
AMÉN.**

Como colofón de la gran plegaria eucarística, la asamblea proclama su Amén. Es la forma en que respondemos a esa gran oración sacerdotal que hemos ido acompañando con nuestro "silencio sonoro", haciendo que cada palabra pronunciada por el sacerdote, que presta su voz a Cristo, sea significativa, y del corazón suba hacia Padre Dios. El recuerdo-memorial de la entrega del Señor, la preocupación por la unidad, la oración por la Iglesia extendida por todas partes, el recuerdo lleno de esperanza por los difuntos, la petición de ayuda y misericordia por los que vivimos y luchamos....se ha ido desgranando en la palabras de esta plegaria, que al final sube hasta el Padre para que Él reciba todo honor y toda gloria.

"Líbranos, Señor de todos los males, y concédenos la paz en nuestros días, para que ayudados por tu misericordia.....mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo. Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre Señor".

La oración del Padrenuestro se ha detenido en la petición de ser librados del mal y sin el Amén. La conclusión será el "Tuyo es el Reino..." fórmula con la que la Iglesia antigua terminaba la oración del Señor. Pero antes, el que preside introduce una plegaria al Padre pidiendo de nuevo que este mundo sea librado de todo lo malo, y crezca la paz y la concordia en la humanidad. Un deseo que siempre será necesario y que se prolongará hasta el momento en Cristo vuelva con gloria, para atraer de manera definitiva a todas las personas y a todas las cosas hacia sí.

"Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles la paz les dejo, mi paz les doy, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia.... concédenos paz y unidad..."

En la Eucaristía las oraciones son al Padre por su Hijo y con la fuerza del Espíritu Santo. Esta es una de las pocas oraciones que la Iglesia dirige en la Eucaristía a Jesucristo. En ella se le pide para la totalidad de la Iglesia el don de la paz y la unidad. Toda comunidad cristiana siempre tiene el peligro de la discordia y de los enfrentamientos entre los mismos que participamos en un mismo pan y un mismo cáliz. La unidad y la paz son frutos del Espíritu que Cristo nos regala en su Pascua. Pedirla con humildad y hacerla posible debe ser una tarea continua de todos los creyentes. Nadie está libre de sembrar cizaña dentro de la comunidad cristiana. Todos pensamos que siempre tenemos la razón. Es necesario saber caminar juntos, sabiendo que en la fundamental debemos estar unidos, en lo discutible permitir las diferentes ideas, y en todas las cosas mantener la caridad.

"La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Pueden ir en paz"

La Eucaristía termina con una actualización del mandato misionero. Lo que hemos celebrado y revivido debe ser trasmitido. Nos volvemos a nuestra vida cotidiana renovados por el Señor, acariciados por su misericordia, dispuestos a dar la vida por él, como él la dio por nosotros.

No quisiera acabar sin una referencia a la importancia del silencio en la Eucaristía.

La vida necesita de silencios que nos ayuden a madurar. El silencio no es necesariamente lo contrario a la comunicación, sino lo que posibilita que ella sea más humanizadora. El silencio madura la palabra, hace que sea significativa y constructiva; el silencio sana, nos hace humildes, nos capacita para la escucha; nos puede hacer más comprensivos, evitando la primariedad y haciéndonos profundos y discretos.

La Eucaristía para que sea provechosa tiene que ir acompañada de silencios, que todo equipo de liturgia debería saber articular, los catequistas enseñar, y todos los fieles en general saber guardar.

Hay dos silencios mayores:

-El silencio posterior a la proclamación de la Palabra y la homilía. Es el silencio de la acogida y la disponibilidad: "Tu tienes palabras de vida

eterna; Tus palabras Señor son espíritu y vida." Nos parecemos en ese momento a María en el misterio de la Encarnación, que se asombra, pregunta, hace silencio...y al final se deja conducir por el Señor. Es necesario pedir al Espíritu que venza nuestras resistencias, cure nuestras frialdades y nos haga audaces en la entrega.

-El silencio poscomunión. Nos permite tomar conciencia balbuciente de lo que Cristo hace en nosotros. "Vivo yo, mas no soy yo, es Cristo que vive en mí". Nos parecemos a Elías que con la fuerza de aquél alimento fue capaz de llegar al monte de Dios. Es la expropiación de la propia vida para convertirnos por el Cuerpo de Cristo que nos habita en instrumentos del Reino. Es momento de acción de gracias y de entrega de la vida.

Junto a estos silencios son necesarios otros:

-Antes de la celebración es necesario "apagar" los ruidos interiores, y tratar de concentrarnos. No se trata de ningún aislamiento, sino de un recogimiento interior que calme la ansiedad, tome pulso al corazón, recoja la vida y nos haga conscientes de los que vamos a celebrar.

-El momento del perdón y la reconciliación para tomar conciencia de nuestro pecado y del pecado del mundo. Es el momento de aceptar a los que celebran conmigo y rezar por ellos, porque soy pecador como ellos. Pero sobre todo es el momento de gustar el poder de Dios que se expresa en el perdón y la misericordia.

También y en la medida de lo posible después de la lectura de cada texto y antes de la proclamación "Palabra de Dios"; en la presentación de las ofrendas para presentar la vida; en la adoración eucarística de la consagración; en la fracción del pan junto a la proclamación de que sólo él quita el pecado del mundo; y después de la celebración y una vez despedidos de los que han celebrado con nosotros.

Disfrutemos de la Eucaristía. Cristo disfruta invitándonos a su mesa porque la comunión de su mesa es la comunión de su vida. Agradecemos que podamos tener el lujo de que la Eucaristía pueda ser celebrada en nuestras comunidades, y que los defectos en su celebración no nos haga valorar y agradecer todo lo que recibimos.

Higinio Sánchez Romero.